

Presencia multiforme, impacto estratégico: esos dos términos califican el estatus contemporáneo de la ética. *Presencia multiforme*: en los medios más diversos y bajo las formas más dispares: de la reflexión filosófica al consumismo cotidiano, del trabajo social a las prácticas médicas, de los asuntos jurídicos y judiciales a los asuntos industriales y comerciales, del psicoanálisis a la protección del medio ambiente... Sería difícil evocar un área de la existencia individual o colectiva, ya sea privada o pública, en donde las consideraciones éticas estén radicalmente ausentes, o en donde su presencia parezca incongruente. Todo conduce a la ética y la ética conduce a todo: posee actualmente un verdadero don de ubicuidad. ¿Efecto de moda? Aún si así fuera, sería necesario explicar ¿por qué es justamente esta moda la que predomina y no otra? A través de las cuestiones éticas, están en juego reglas de convivencia, tomas de decisiones, amistades y reyertas, compromisos y rupturas de alianzas. Condensan lo que cada uno puede soportar, las obligaciones y osadías que cada uno puede consentir en la esfera profesional, cultural, política, y por supuesto personal, subjetiva, íntima. Resumen aquello a lo que podríamos renunciar sin negarnos, sin renegarnos individual y-o colectivamente. *Impacto estratégico*: las cuestiones éticas comprenden discursos y acciones, movilizan instancias institucionales, implican efectos concretos y materiales. Según la ética puesta en obra, no son las mismas posturas que se adoptan, la misma institución para la que uno acepta trabajar, tiene placer en trabajar, se resigna a trabajar, o termina por abandonar. Las cuestiones éticas no pueden esquivarse, ni tampoco dejarse de lado. Se imponen a los individuos, a los grupos, a las instituciones.

Se trata de una constatación ilustrada por numerosos debates, sostenida por una vasta literatura, desplegada en las preocupaciones de los prácticos y los teóricos, especialmente en el sector social y sanitario: la ética parece omnipresente. Ahora bien, la recurrencia de esa constatación, o sea la necesidad de quienes se interesan en las cuestiones éticas de reafirmar regularmente la pertinencia de éstas y de reiterar su importancia, su carácter positivo e ineludible, indica que dichas cuestiones están lejos de ser evidentes. ¡Hoy día sobre todo, las cuestiones éticas no van de suyo! Masivamente presentes, pero no por ello indudables. Sin ser misteriosas,

esto es impenetrables, revisten sin embargo un carácter perfectamente enigmático.

Al examinar la vasta literatura oral y escrita en la materia, advertimos que la ética es objeto de dos tipos de tratamientos. Aún si no se excluyen completamente, esos dos tratamientos son originales por sus orientaciones y objetivos: más vale pues no confundirlos.

El primero, el más corriente, consiste en trabajar **dentro** de la ética: Se busca elaborar, en el seno de la ética, argumentaciones positivas, sostener principios y virtudes, forjar proyectos y finalidades. Se trata de enunciar la buena ética, la ética positiva. Se trata además de debilitar las concepciones y las prácticas en contradicción con aquellas que se defienden. Trabajar dentro de la ética consiste pues en proponer construcciones, posiciones éticas. Tarea sin duda necesaria.

Un segundo tratamiento, que nos interesa y defendemos aquí, consiste en trabajar **sobre** la ética, tomando a esta última como objeto de estudio, poniéndola en perspectiva y distanciándose de ella. Se trata de identificar la **problemática** ética, de analizar -parcialmente sin duda- los presupuestos y las intenciones, la fuerza y los límites. ¿De qué trata la ética y cómo lo trata? ¿Qué es lo que la ética permite ver de lo real y qué es lo que esfuma, casi oculta? ¿Cabe hablar de ética en general, como si hubiera sólo una? ¿Y por qué preferimos tal ética, y por ende rechazamos tal otra ética?

En una palabra, cuanto más se cree que las cuestiones éticas son evidentes, más se pierde la indispensable demostración de su pertinencia en las declamaciones y los encantamientos, sino en una especie de Revelación necesariamente dogmática.

Para evitar ese riesgo, y para ahorrarse algunos de los múltiples malos entendidos que suele acarrear este tema, es menester considerar la ética en términos de *interrogante*. Intentaremos realizarlo a continuación.

CONFUSIÓN SEMÁNTICA

¿Latín y/o griego? Para comenzar, se presenta un problema etimológico, que tiene valor de síntoma. Conectada al latín, la ética hace referencia a las costumbres, a los valores; conectada al griego, concierne al *ethos*, a los fines y las finalidades. En un caso, es sinónimo erudito de *moral*; en el otro, *moral* y *ética* podrían llegar a diferenciarse. Podrían, solamente, ya que es frecuente que los autores que intentan diferenciar ética y moral, suelen utilizar indiferentemente uno u otro de esos vocablos, o al contrario los separan pero otorgándoles contenidos similares, si no idénticos. Ciencia de la moral para algunos, para otros la ética constituye una suerte de moral superior, anclada en la *polis*, en sus conflictos y sus desafíos. La ética evita la referencia a los fundamentos divinos, tales como las concepciones morales las presentan (cf. les Tablas de la Ley, par ejemplo). Separación que en realidad no facilita el problema. Al diferenciar la ética de la moral, desembocamos en la cuestión extremadamente delicada de las *bases* de la ética, del zócalo capaz de sostenerla: ¿sobre qué fundar una ética que cree sobrepasar el subjetivismo, el indivi-

dualismo, sin por ello recurrir a una divinidad cualquiera?

Por cierto, el término ética no es el único a estar de alguna manera flotando, presentando contenidos relativamente inestables, con desplazamientos y juegos ininterrumpidos. No se trata de un concepto científico, de una denominación controlada de uso reglamentado, funcionando en un universo discursivo que busca constantemente la precisión. Se trata, no de un concepto, sino de una categoría. Ética es un término sostenido por su indeterminación. Es unos de esos vocablos cuya sobrevida, la buena prensa y el impacto dependen de su polisemia constante, de sus persistentes ambigüedades. Rasgos que comparte especialmente con el término « social »: uno y otro son mucho más difundidos que definidos, más corrientes que determinados. Ética y social son dos términos que nos dicen algo, o mucho, que reenvían seguramente a objetos reales y a cuestiones concretas, sin que de hecho sepamos de qué hablan, ni a qué prácticas se refieren, qué realidad designan.

Pero esto no constituye en nada un inconveniente que desacredite la ética, que impida o incluso perturbe su utilización. Estas idas y vueltas de significados y de lógicas contribuyen a la presencia contemporánea de la ética. No es un inconveniente porque allí reside una de las condiciones *sine qua non* de la extrema difusión de las referencias éticas de las más diversas áreas de la existencia individual y colectiva. Garantía para que la ética oficie hoy de punto de encuentro para corrientes harto disímiles, para intereses notablemente diferentes.

NO EXISTE ÉTICA SIN CONSENSO

El recurso contemporáneo a la ética está ligado a diferentes modalidades de consenso. Acabamos de observar el primero: la ética vuelve posible la asociación de grupos dispares, de tendencias heteróclitas, de profesiones especializadas y más o menos impermeables entre ellas. Esta categoría estimula una cierta transversalidad, en términos de profesiones y de corpus teóricos de referencia. Permite superar algunos atrincheramientos corporativistas entre médicos, trabajadores sociales, psicólogos, magistrados, personajes políticos... Sobre este tema, los “derechos humanos” constituyen sin duda el más conocido y el más usual de los ejemplos: la ética justifica las declaraciones y las acciones que buscan amplificar el campo de aplicación de dichos derechos. Leitmotiv como el derecho a la salud y a la ciudadanía social pueden ser defendidos, al unísono, por médicos generalistas, por militantes asociativos, por trabajadores sociales. El combate contra la exclusión es un objetivo ético asumido simultáneamente por diferentes tipos de intervinientes.

Si la referencia ética produce consensos interdisciplinarios, lo hace también en el seno de las profesiones, particularmente bajo formas de construcciones identitarias. Es el caso de los códigos deontológicos, tal como el de *ANAS*¹ del Orden de abo-

1- ANAS, Asociación nacional de asistentes de servicio social: reúne en Francia un gran número de profesionales, una de las múltiples ramas del trabajo social (además de educadores, monitores, animadores, consejeros en economía social y familiar, etc., quienes se agrupan en otras entidades).

gados, del Orden de médicos... Sin olvidar los debates en cuanto a saber si un código deontológico único puede regir el conjunto de las numerosas profesiones sociales. La referencia ética juega aquí roles vitales. Por un lado, caracteriza a un conjunto de valores y de posturas consideradas como positivas, preserva la especificidad de los profesionales del trabajo social respecto de otros profesionales que actúan en dominios cercanos y más de una vez competitivos. Esta referencia ofrece a los prácticos algunos puntos de anclaje a fin de orientar su quehacer en ciertas direcciones. Juega también un rol discriminatorio, en términos de unanimidad, de límites de tolerancia, de afrontamientos posibles. Se trata de una pieza clave de lo que se llama "actitud profesional", "responsabilidad profesional" e inclusive "identidad profesional". Dicho de otra manera, la referencia ética contribuye a la legitimación institucional y al reconocimiento social de las intervenciones del campo sanitario y social. Es también el caso en todas las otras áreas en las que hoy día se recurre a la ética.

DECONSTRUIR LA ÉTICA.

Si todo conduce a la ética y si la ética conduce a todo, ¿se trata en todos los casos de la misma ética, de los mismos principios, de los mismos valores? Al hacer esta pregunta se vuelve a la interrogación sobre los límites del consenso ético.

¿Se trata de la misma ética? Primera respuesta, inmediata, fácil: no, no es la misma. El leitmotiv del acceso a los cuidados no es leído con la misma mirada por enfermeros y por trabajadores sociales; la ética médica no es exactamente la ética del psicoanálisis, los derechos humanos dan lugar a análisis y a prácticas opuestas a partir de la opción liberal o a partir de la opción socialista. Esto no impide, por supuesto, que *en ciertos casos* tengan lugar alianzas: entre enfermeros y trabajadores sociales, entre médicos y psicoanalistas, entre socialistas y liberales. Alianzas justificadas por referencias éticas compartidas. En ciertos casos, decimos, o sea a condición de que las divergencias no aplasten a las convergencias, a condición de que el consenso sobrevuele los desacuerdos de forma y de fondo. Dicho de otra manera, saber si se trata siempre de la misma ética, no es nada sencillo.

Leamos André Comte-Sponville, a menudo citado en la materia: "La fidelidad no disculpa todo: ser fiel a lo peor es peor que negarlo. Las SS juraban fidelidad a Hitler, esta fidelidad al crimen era criminal. Fidelidad al mal, es mala fidelidad".²

Sorprendente estatus de la fidelidad: virtud entre otras, es también **la** virtud por excelencia, la que condiciona a todas las otras y hacia la cual todas las otras convergen o deben converger. Virtud eminentemente virtuosa. Por ello es cuestión de fidelidad, la verdadera, la auténtica: la fidelidad ética, la que sobrepasa toda historia, toda desgracia o toda felicidad.

Para nada, observa a este propósito el autor citado: cualquier fidelidad no es válida, ni siquiera automáticamente virtuosa; de allí surge el ejemplo del nazis-

2- Comte-Sponville, André, *Petit traité de grandes vertus*, [Pequeño tratado de grandes virtudes] Paris, P.U.F., 1995.

mo. Ejemplo, que sorpresivamente, no tiene nada de convincente. ¿Cómo, sobre qué fundar su estatus de mala fidelidad? Por una parte, recordemos que ésta no lo era en absoluto para las siniestras SS. A estos últimos no les faltaba ética, sino una cierta ética, humanista y democrática, que afortunadamente terminó por imponerse. Nunca nadie está en contra del bien y a favor del mal, pero no todos dan la misma definición del bien y del mal. Por otra parte, es imposible referirse a esa suerte de ética superior, suerte de super-ética que permite ver en la fidelidad nazi una fidelidad indebida, una fidelidad no-ética o a-ética. A menos que el autor se erija a sí mismo en guardián virtuoso por excelencia de una virtud imaginada más allá y más acá de la historia real...

No por esto toda ética es defendible. ¡Lejos de eso! Una dosis discreta de relativismo histórico y sociológico permite ver más claro en este ejemplo paroxístico. ¿Qué nos muestra? Cuando se invocan razones éticas para justificar o bien para desaprobar un comportamiento, no se dice lo suficiente y al mismo tiempo se dice demasiado. En efecto, en los razonamientos y en las prácticas que invocan la denominación genérica “ética”, ética en general, esta invocación atemporal remite de hecho a una ética singular, a un posicionamiento ético particular. No se pone en juego **la** ética sino **una** ética. No es la ética que divide a los trabajadores sociales, los psicoanalistas o los médicos, los liberales y los socialistas, sino corpus éticos particulares, partidos obligatoriamente singulares. No es tampoco la ética que puede reunirlos, sino, siempre, ciertas éticas fechadas y localizadas. Diferencia, ya señalada por Hegel entre el universal abstracto y el universal concreto. Es precisamente por esta razón que rechazamos la fidelidad de los nazis y la de sus sucesores.

La ética general, la ética en general es el nombre de una disciplina académica o teológica. En la historia real, por el contrario, nos topamos con éticas particulares, con éticas partidarias. Esto supone un punto de vista ideológicamente connotado y políticamente cargado. Punto de vista a veces explícito a veces implícito, en todos los casos real y concreto, actuante. Ninguna ética efectivamente existente puede escamotear esta situación de hecho, aún si quienes adhieren a tal o tal ética particular no están informados. O tratan de no estarlo.

Ningún práctico pone en marcha la ética en general, pero si un posicionamiento ético particular, una toma de partido, un compromiso, un conjunto de fidelidades e infidelidades históricamente situadas. Es por esta razón que justamente la ética solo puede ser interrogativa, en el sentido propio, en el sentido fuerte del término. Su rol más fructífero es de recordar que las certezas, lejos de caer del cielo, se construyen a lo largo de argumentaciones y de prácticas constantemente rectificadas. Recordar que la interrogación debe permanecer abierta, cueste lo que cueste. Es el precio que evitará hacer de la ética la más pura y simple justificación del orden, que es siempre más o menos moral. Esto implica no temer la articulación de la ética, explícitamente, manifiestamente, abiertamente, con elecciones ideológicas tan argumentadas como posible, con proyectos de sociedad tan razonados como posible.

Tal es la única alternativa posible. Sea porque se intenta saber cómo y por qué toda ética, inclusive aquéllas que uno defiende y ataca, representa un inexorable compromiso ideológico y político, sea porque esta imposible neutralidad tiene lugar de hecho, a nuestras espaldas.

Sembrada de obstáculos, la primera vía no es simple: tiene como objetivo el saber y la responsabilidad de los prácticos. Cuestionamiento a retomar constantemente. La segunda vía facilita el desconocimiento de los pormenores ideológicos y políticos de las decisiones éticas: la buena conciencia prevalece, lo que permite a sus adeptos no sentirse subjetivamente culpables, incluso cuando son objetivamente responsables.

Tal es, a mi manera de ver, la gran cuestión ética contemporánea: ¿queremos o no queremos saber algo, poco o mucho, de nuestra irrealizable neutralidad, la cual no justifica ningún comportamiento, ninguna institución, ningún grupo o partido? Precisamente porque todas las éticas no son igualmente válidas, sus diferencias exigen que sus dimensiones ideológicas respectivas aparezcan a cielo abierto.

SAÛL KARSZ

Filósofo, sociólogo, consultante en estrategias de intervención social.

- *La exclusión, bordeando sus fronteras*, con Michel Autès, Robert Castel, Monique Sassier y Richard Roche, Barcelona, Gedisa, 2004.
- *Problematizar el trabajo social*, Barcelona, Gedisa, 2007.

Mail: Saul.Karsz@wanadoo.fr

Página: www.pratiques-sociales.org (incluye una sección en español)

Traducción: Silvina Vega Zarca (FHCE-UNLP)